

# I N V I E R N O

El invierno es un amigo aspero que me recuerda la muerte afilando su guadaña de siglos. Esa muerte que lloran los perros en las noches negras. Ese luto hondo que se traga el viento, para lamentarse de miedo en mi ventana. El invierno me empuja, me esconde, me refugia, me quema junto a un calor de pino seco. Allí, en la casa blanca de la soledad, siento el invierno en mi piel alcarreña. Allí, entre surcos lamidos por lenguas grises, siento angustia. La angustia de los hombres campesinos, a los que no se les seca la tierra para sembrar sus esperanzas.

Porque llueve, llueve mucho, porque es invierno porque los cristales tienen que expresar otra música. Porque los ríos tienen que llenar sus tripas ocultas. Porque las nubes tienen que sacar su pena por alguna parte. ¿Porque llueve? ¿Podría "El hombre del tiempo" evitar la lluvia para que la tierra se preñase de granos?. El invierno me duele. Y no lloro, porque no quiero imitar a las nubes.

Hay un frío gris que expresa nostalgia y tristeza. Frío de invierno que rie intimidades y transmite recuerdos... Como una onda mística repartiendo verdad. Como un sabor desnudo de árbol triste. Como una caricia misteriosa de gato negro que se acurruca entre mis manos. Como algo que corta en la cara la alegría... El invierno me duele porque tiene heridas de días tristes. Muchas horas de luto para crear fantasmas. Pocos días de sol para crear jardines. Muchas nieblas opacas que tiñen los espejos y las caras. Autoscopia sin ojos... Nieblas que empañan la visión de los hombres. Nieblas que engendran masa.

El invierno me besa, me sigue, me acompaña. Es el tiempo que se detiene para que yo pase. Es el agua que me salpica y se ríe de mis pasos. Es la lluvia que deja su aguja en mis tobillos. Es el aire que atornilla mis huesos con su profunda fuerza trashumante.

Si. También hay un encanto que transmite ternura. Es una queja comunicativa. Como un consejo de viejo rezagado que le gusta vivir. Es una experiencia que no pasa desapercibida al espíritu. Es Dios que baja al latido mismo de mi corazón para recordarme su generosidad. Es la vida que en invierno pulula cual estrella, cual flor, cual espiga sedienta de sol. En el campo, entre el yermo se comprende mejor el invierno. Los campesinos nos recuerdan plenitudes invernales que rezuman amor. Esos hombres perdidos que esperan poder sembrar el pan de cada día. Esos hombres amigos, que no cesan de vida. Que saben de inviernos y de lunas.

Y esperan que suba el trigo... Y esperan, cansados, con su traje de pana calado hasta los huesos, que el sol seque las lágrimas que empañan su terruño.

Desde la ciudad, donde la calefacción me permite soñar, comparto la realidad de estos hombres que son invierno y merecen ser primavera en la sociedad. Realidad del campo. Es cierto, me asustan los llantos de los perros. Pero también me asustan los ruidos salvajes de los hombres indiferentes...

Julita González Barba